

que se hacia sentir mas imperiosamente la necesidad de una mano fuerte y segura, frustró la muerte la única esperanza de salvacion que aun subsistia.

A fin de poner término á los males de que era causa la demencia de la reina, algunos amigos sinceros de Doña María y de Portugal suplicaron á D. Juan, su segundo hijo, que pusiese fin á la anarquía (1795). D. Juan vaciló, pues hasta entonces habia vivido en medio de los monges del convento de la Mafra, y conocia su insuficiencia. ¿Pero cómo rehusar, sin hacer traicion á la patria, y sin mostrarse indigno de su cuna? Se resignó, pues, á representar el papel que se le impuso, y cuando una junta de los mas reputados médicos hubo declarado la incapacidad de su madre, consintió en reinar bajo el título de regente. D. Juan cometió la grave falta de no consultar á las cortes, pues si se hubiese apoyado en ellas, si hubiese restaurado espontáneamente las antiguas libertades del país, hubiera tenido mas luces para extinguir los abusos, y mas fuerza para hacerse respetar; mas educado en las ideas del poder absoluto y en las prácticas de la devocion, muge tanto como príncipe, no comprendia ni la libertad ni los progresos, y su administracion no dió ninguno de los buenos resultados que de ella se esperaban.

D. Juan provoca á la Francia revolucionaria; reveses; dominacion inglesa.

En el triste estado en que se hallaba Portugal, solo podia salvarle la estricta conservacion de la paz exterior. La hacienda, el ejército y la marina, despues de algunos años de mala administracion, se encontraban aniquilados, y era seguramente el colmo de la locura pretender figurar en Europa, en vez de dedicarse al mejoramiento del país.

Corria entonces la época en que la Francia, al regenerarse por medio de la revolucion, convidaba á todos los pueblos á seguir su ejemplo, y el gobierno portugués no pudo resolverse á permanecer fuera de la coalicion que organizaban todos los príncipes contra el espíritu innovador.

A pesar de ser poco importante la adhesion del Portugal á la formidable confederacion que amenazaba á la revolucion francesa, la convencion nacional no se desdeñó de hacer algunas nego-

ciaciones cerca del regente, y le ofreció la neutralidad. Aun cuando la prudencia aconsejaba deponer las armas, y romper los lazos que ligaban de muy atrás el Portugal á la Inglaterra, nada de esto se hizo, y no consultando el regente mas que su zelo, contestó á la Francia, uniéndose mas íntimamente con Jorge III y Carlos IV, su padre político. Entre los personajes que rodeaban al regente, solo uno se atrevió á abogar por la causa de la paz en nombre de la esquilhada hacienda y del abatido comercio, y fué el anciano duque de Lafoëns; mas la influencia de la corte de Lóndres, hizo estériles tan buenos consejos.

Los acontecimientos demostraron en breve cuanta razon tenia el duque de Lafoëns. Mientras que los seis mil hombres que el general Forbes se habia apresurado á reunir al ejército español de los Pirineos, obtenian algunos insignificantes triunfos, los cruceros franceses, aprovechándose del lastimoso estado en que se hallaba la marina portuguesa, arruinaron su comercio, llevándose por valor de mas de doscientos millones, y cuando la España se retiró de la lucha, accediendo al tratado de Basilea, la Inglaterra no permitió á D. Juan hacer otro tanto, y le fué preciso, de grado ó por fuerza, perseverar en la mala política en que desgraciadamente se habia comprometido (1795).

El resultado de estas faltas fué que la Francia tuvo contra la corte de Lisboa las mas justas quejas; que los últimos vestigios de la prosperidad nacional desaparecieron, y finalmente, que la Inglaterra hizo mas duro el yugo sobre el Portugal, pues no contenta con inundarlo con sus mercancías, de apropiarse las riquezas del Brasil, de disponer de sus buques como si fuesen ingleses, y, finalmente, de arruinar el reino por medio del contrabando, acabó por pedir que el regente le confiase algunas de sus mejores plazas, á fin de defenderlas contra una pretendida invasion de franceses. D. Juan no se atrevió á contestar con una negativa, y hasta Lisboa recibió una guarnicion inglesa. A fin de no irritar demasiado la susceptibilidad portuguesa, cuidóse de que los regimientos auxiliares se compusiesen de franceses emigrados ó suizos mercenarios, siendo franceses los nombres de tales regimientos, á saber: Mortemart, Dillon, Castries y Loyal-Emigrant.

Lo que incitaba á la Inglaterra á explotar con tanta insolencia

el terror del gobierno portugués, eran los preparativos hechos por el directorio para una expedición marítima, tan misteriosa como importante. Luego que se supo en Lisboa que la expedición mencionada no se dirigía hacia las playas de Portugal, sino á las de Egipto, á cuyo punto marchaba el general Bonaparte, pasóse de repente del abatimiento á la jactancia, exaltándose el regente hasta el punto de dar orden al almirante Niza para que se presentase delante de Alejandría (1798). El almirante obedeció, y distinguióse por medio de ridículas bravatas de las cuales Bonaparte conservó memoria, pues cuando se refirió á ellas en una orden del día, añadió estas amenazadoras palabras: «Tiempo vendrá en que la nación portuguesa pagará con lágrimas de sangre el ultraje hecho á la república.» ¿Pero qué importaban estas amenazas á la Inglaterra, cuando no producían otro efecto que ligar mas estrechamente el Portugal á su ruinoso protección?

Bonaparte se une con la España para invadir el Portugal (1801).

Bonaparte no amenazaba en vano, y apenas fué nombrado cónsul, y estuvo asegurado en su posición por la derrota de las facciones en el interior, y en el exterior por la humillación de la casa de Austria, concentró todos sus esfuerzos contra la Inglaterra, luchando por fin cuerpo á cuerpo con ella por la libertad de los mares. Así pues, después de haber obtenido de la España y de la Holanda la cooperación de su marina, para el objeto mencionado; de la corte de Nápoles que cerraría todos los puertos de las Dos Sicilias al comercio inglés; de la Rusia, Suecia, Prusia y Dinamarca que formarían de nuevo la liga de 1780, no podía consentir en que el Portugal quedase impunemente en poder de los ingleses. La independencia de este país, ó por lo menos, su neutralidad, era indispensable para la realización del vasto sistema de agresión que concibiera contra la omnipotencia marítima de la Gran Bretaña.

El primer cónsul se dirigió desde luego á la España para ofender al Portugal, y no le costó mucho hacer entrar á aquella nación en sus planes, pues además de que hacía ya mucho tiempo que la España mantenía las mas íntimas relaciones con la Francia, la corte de Madrid estaba particularmente interesada en destruir el antiguo ascendiente de la Inglaterra sobre el Portugal.

Bastante era que aquella potencia poseyese Gibraltar, para que permitiese la continuación del contrabando inglés por todas las fronteras del Oeste.

El primer cónsul se esmeró en robustecer estas consideraciones por medio de los grandes ofrecimientos que hizo al verdadero soberano de España, á D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz. Trataba de lanzar á la otra parte de los Pirineos 25,000 franceses, cuyo mando nominal se daría á Godoy, y de consignar en manos de la España todas las provincias conquistadas hasta la conclusión de la paz general, con la sola condición de que los ingleses serían rechazados sin consideración alguna de todos los puertos. Carlos IV ratificó en seguida este tratado, pero burló algún tanto las secretas esperanzas de su favorito, exigiendo al primer cónsul que el regente D. Juan no perdiese ninguna porción de su territorio, y que solo se le obligase á abandonar inmediatamente la alianza inglesa. Efectivamente, en 27 de febrero de 1801, se publicó la declaración de guerra de los dos aliados. La España y la Francia solo dieron al regente un plazo de quince días para decidirse entre su amistad y su cólera.

Al ver el peligro que amenazaba al Portugal, la Inglaterra lejos de emplear en su favor algunos de los inmensos recursos de que disponía, no tuvo reparo en llamar sus fuerzas ni en abandonar á sí misma á la pequeña nación que tan poderosamente había contribuido á debilitar y á comprometer. En esto, veinte y cinco mil franceses pasaron los Pirineos, bajo el mando de Leclerc y de Gouvion Saint-Cyr; y el príncipe de la Paz agotaba los últimos tesoros de la monarquía española para reunir veinte mil soldados. Habíase convenido que el movimiento empezaría á mediados de abril.

Acercábase el fatal momento, cuando el gabinete de San James propuso repentinamente negociar la paz general. El bombardeo de Copenhague y el asesinato del czar Pablo I, echaban por tierra los proyectos de coalición marítima que tan gloriosamente había formado el primer cónsul contra la Inglaterra (1801). Bonaparte era dueño del continente y también del mar, ¿por qué pues no tratar de restablecer por medio de mútuas concesiones el equilibrio del mundo? Lord Hawkesbury tenía entabladas negociaciones con M. Otto, representante francés, el cual se apre-

suró á trasladar á su gobierno las proposiciones de la Inglaterra. El primer cónsul las aprobó, si bien creyó deber continuar las hostilidades contra Portugal, pues cuanto mas preciosas fuesen las prendas que tuviese en sus manos, mas ventajosa seria la paz que se pensaba firmar; además, la posesion de Portugal le era tanto mas necesaria, en cuanto los ingleses se disponian entonces á arrancar el Egipto á la Francia, y por si lo lograsen, era indispensable una compensacion.

Triunfos de los Franceses y de los Españoles.

Para conjurar la invasion que amenazaba sus fronteras, el regente de Portugal carecia de todo lo necesario, de recursos, de arsenales, de buenas tropas, de generales experimentados, y en fin del entusiasmo, que algunas veces lo suple todo. ¿Pero qué hacer entre las dos potencias que le atacaban, y la Inglaterra que le amenazaba con confiscarle el Brasil si no resistia con vigor? Decidióse por la Inglaterra, y su proclama del 26 de abril de 1801 anunció que la Francia y la España le habian impuesto condiciones inadmisibles, y que por consiguiente no le quedaba otro medio que apelar á Dios y á su pueblo. El regente contaba secretamente con la incapacidad de Godoy, con los zelos de la España, y con las tímidas pero incontestables simpatías de Carlos IV, su padre político.

Por el contrario, era tal el deseo que abrigaba el primer cónsul de llevar á buen término la expedicion, en vista sobre todo de las negociaciones pendientes, que no perdonó medio alguno para sacudir la habitual indolencia del gobierno español. Y en efecto, ¿acaso la paz marítima no interesaba tanto á la España como á la Francia? ¿Y qué podia hacerse mas provechoso en este sentido, que arrebatar á la Gran Bretaña la única posesion que tenia en el Continente? Luciano Bonaparte supo demostrar tan perfectamente esta verdad, que Godoy se sintió inflamado del mismo ardor, y reunió treinta mil hombres en Badajoz, mientras que los franceses tomaban posesion de Ciudad Rodrigo. El Alentejo, al sur, y Tras os Montes, al norte, eran los dos puntos por donde debia efectuarse la invasion.

El caballero de Araujo á quien el regente se apresuró á mandar á Madrid y á Paris, trató de conjurar el peligro, ofreciendo

aceptar cuantas condiciones dictasen las dos potencias, con tal de que no se le obligase á cerrar sus puertos al comercio inglés. Sus palabras fueron desoidas, y quedó resuelto que además de la expulsion de todos los buques ingleses, ya fuesen de guerra, ya mercantes, tres de las provincias portuguesas quedarían en secuestro hasta la conclusion de la paz. El Portugal debia pagar los gastos de la expedicion.

Desde el dia en que se resolvió esta guerra, su éxito no podia ser dudoso. El príncipe de la Paz ni siquiera tuvo necesidad de gruesa artillería para apoderarse de Jurumenha y Olivenza, las dos barreras mas fuertes de Portugal por la parte del sur, y solo encontró alguna resistencia en Elvas y en Campo Mayor. Contentóse con bloquear estos puntos, y marchó adelante con el grueso de sus fuerzas, pues su mas ardiente deseo era recoger exclusivamente la gloria de la campaña, sin apelar á los regimientos franceses que Gouvion Saint-Cyr le habia traído de la otra parte de los Pirineos.

Los mas rápidos triunfos justificaron la pretension de D. Manuel Godoy, si bien tales conquistas no debian enorgullecerle pues solo tuvo que luchar contra un mal ejército de treinta mil portugueses, mandados por el anciano duque de Lafoëns. Godoy atravesó triunfalmente el Alentejo, arrojando ante sí á los desalentados portugueses; ocupó las ciudades y pasó los rios sin disparar un tiro, no siendo ni aun el Tajo defendido con empeño, y eso que era el mas sólido baluarte de Lisboa. Al mismo tiempo sabia Godoy que á sus espaldas, Campo Mayor se habia rendido, y que Elvas iba á hacer otro tanto.

La España consiente en negociar.

Reducida la corte de Lisboa á tan deplorable extremo, debia humillarse ante la voluntad del vencedor, y se apresuró á enviar á Pinto de Souza al cuartel general de Godoy. El gobierno portugués se lisongeaba de que la España no era su enemiga, y de que obedeciendo apesar suyo las poderosas insinuaciones de la Francia, solo deseaba hacer pasar otra vez los Pirineos á las tropas de Gouvion Saint-Cyr. Tal era la conviccion del duque Lafoëns y por esto se retiraba sin combatir. «¿Porqué nos batimos? decía un dia aquel general á uno de los principales oficiales del

ejército español: el Portugal y la España son dos mulos. A nosotros nos ha lanzado la Inglaterra, y á vosotros os aguijonea la Francia. Pues bien, marchemos y sacudamos nuestras campanillas, puesto que es preciso; pero guardémonos de hacernos daño, pues se reirian á espensas nuestras.» El duque tenia razon; la España y el Portugal no eran mas que instrumentos en manos de la Inglaterra y de la Francia; pero la corte de Madrid no dejaba de tener gran interés, ya en conquistir el Portugal, ya en sustraerle del ruinoso protectorado de la Inglaterra.

Carlos IV, á quien Godoy acababa de llamar á Badajoz para que fuese testigo de su gloria, era incapaz de comprender las grandes ventajas que su nacion reportaria de la ruina de la supremacia inglesa en Portugal; y solo consultó su afecto personal hácia el regente, y su odio secreto á la Francia, apresurándose á acoger de un modo distinguido á Pinto de Souza. Godoy obró del mismo modo, si bien con mas reservas, ya que temiese comprometer su reputacion militar tan fácilmente adquirida, ya que tratase de apaciguar los rumores que contra él habia escitado la presencia de los franceses. En lugar pues de marchar contra Lisboa ó contra Oporto, y dar un terrible golpe al comercio inglés, las tropas españolas recibieron orden de detenerse, y firmóse el tratado de Badajoz el dia 6 de Junio de 1801. Por este tratado el regente se comprometia á ceder á los españoles la plaza de Olivenza, á pagar á los franceses quince millones, y á cerrar sus puertos á los buques ingleses.

El primer cónsul al recibir de Luciano la copia del tratado, no pudo dominar su indignacion, y se enfureció contra la España y contra su hermano. He aquí, decia, el resultado de una expedicion tan formidable y tan fastuosamente comenzada, y esto en el mismo momento en que la vergonzosa derrota de Menou, en Egipto, daba un precio inestimable á la posesion de Portugal; en el mismo momento en que Inglaterra robaba á la Francia la prenda mas preciosa del tratado que juntas negociaban.

Tratado de Madrid de 27 de noviembre de 1801.

Las vivas observaciones de Bonaparte fueron muy mal recibidas en España, y Luciano dimitió su cargo de embajador; Carlos IV, ó mejor Godoy, usó un altivo language, mas el primer

cónsul no contestó á sus amenazas, sino haciendo entender que los franceses no pasarian de nuevo los Pirineos sin haber tenido mas ventajosas condiciones. Efectivamente así sucedió; y para castigar al mismo tiempo á la España por haber abandonado unos intereses que no por ser los de Francia, dejaban de ser tambien los suyos propios, M. Otto, embajador francés en Londres, recibió orden de no oponerse á la cesion de la Trinidad.

Las nuevas negociaciones á que dió lugar esta negativa de ratificacion, produjeron el tratado de Madrid de 27 de noviembre de 1801 por el cual comprometíase el Portugal mas esplicitamente á no admitir los buques ingleses hasta la conclusion de la paz, y á recibir todas las mercancías francesas bajo el mismo pié que las de Inglaterra. A estas concesiones se añadió un territorio de sesenta millas en Guyena, y el pago de veinte y cinco millones que la Holanda debia prestarle, tomando en garantía las minas del Brasil.

La Francia renunciaba pues á la ocupacion de una ó mas provincias portuguesas; pero además de que abrigaba el deseo de no agriar á la España, acababa de comprometerse en los preliminares de Londres, á respetar la integridad de Portugal.

Tal fué para esta nacion la recompensa de haber tomado parte en las coaliciones de la Europa contra la Francia: su territorio desmembrado, sus colonias perdidas ó empeñadas, su tesoro agotado, su industria arruinada por la doble concurrencia de la Inglaterra y de la Francia, toda idea de reforma abandonada, y esto cuando la Europa entraba en la vía del progreso. Sin embargo, no pararon aquí sus desgracias, y el porvenir le reservaba otras mas terribles aun.

CAPÍTULO XXII.

Desde el tratado de 1801 hasta la fuga del regente al Brasil.

CONDENA DEL DUQUE DE LAFOENS; EL BLOQUEO CONTINENTAL.—NAPOLEON SE QUEJA AL REGENTE DE SU PARCIALIDAD PARA CON LOS INGLESES.—NEGOCIACIONES DE NAPOLEON CON LA ESPAÑA; TRATADO DE FONTAINEBLEAU (1807); REPARTICION DEL PORTUGAL.—MARCHA DE JUNOT CON VEINTE Y CINCO MIL FRANCESES CONTRA